

blico en general doy las más expresivas gracias, aunque en los términos lacónicos á que mis enfermedades me obligan, y espero dentro de un año poderlas repetir con mayor motivo, y sentarme al frente de un número diez veces mayor de escogidas educandas.



DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE NIÑAS
DE MONTERREY, EL 23 DE NOVIEMBRE
DE 1884.



EL padre de familia próximo á morir, el pastor cuya grey va á pasar á otro dueño, el jardinero en vísperas de encomendar á ajenas manos la huerta de su predilección, no pueden menos que temblar por la suerte futura de las prendas que tanto han amado. Temores semejantes oprimían el alma de mi venerable Predecesor al cometer á mi cuidado, por disposición del Pastor de los Pastores, esta su diócesi. Temía por su clero, temía por su recién fundado colegio del Saltillo; pero sobre todo lo preocupaba la suerte de este plantel. Figurábase que, faltando su apoyo, se desmoronaría el edificio; que un soplo bastaría para hacer infructuosos sus trabajos de muchos años; que nadie como él tendría la paciencia indispensable para vencer tantos obstáculos interiores y exteriores como se han opuesto siempre á la marcha de un establecimiento que él conocía hallarse

lejos de la perfección, pero que las circunstancias impedían se mejorase.

No le faltaba, por cierto, razón; y ahora que cinco largos años han pasado sin que sus temores se realicen, me complazco en recordarlos, y me deleito mirando el abismo en que pude haberme hundido juntamente con la diócesi, si hubiera llegado aquí sin experiencia, sediento de honra mundana más bien que de la gloria de Dios, y sin haber antes gobernado la parte de este obispado que constituyó el de Tamaulipas. Educado en colegios y Universidades europeas de primer orden, mi ojo se había acostumbrado á la grandeza. Fuera de mi patria desde la infancia, ni ví las luchas fratricidas que ensangrentaron nuestro suelo, ni fuí testigo del despojo de la Iglesia, ni presencié los indecibles padecimientos de mis predecesores en el episcopado. Fácil era, por tanto, que al volver á mi país lleno de ideas tan grandiosas, y sin conocimiento exacto de nuestros actuales recursos y elementos, menospreciara cuanto no estuviera á la altura de mis prototipos imaginarios, y sin aprovecharme de la experiencia de mis mayores, quisiera destruir cuanto ellos hicieron, y edificar (como el necio arquitecto del Evangelio) sin tener la posibilidad de llevar á cabo mis planes. Tal han hecho otros no habituados por cierto á las grandiosas escenas que yo; tal temía mi Predecesor que me acaeciera.

¿Cuál habría sido entonces el resultado? Al ver que este Colegio, ni por su número ni por su personal era igual al famoso *Educandato de Manhattanville*, ó al Convento del Sagrado Corazón de París, habría calificado á su fundador de poco menos que inepto; y precedido de preámbulos ofensivos á sus méritos, habría lan-

zado un reglamento imposible de cumplirse, y unos estatutos calculados para impresionar á extraños, pero propios únicamente para hacer huir despavoridas á maestras y alumnas. Remedando malamente á los siervos del Evangelio, habría tenido que salir á las calles y las plazas á reclutar, para llenar los puestos vacantes, á todas las vagabundas y estropeadas, y habría apellidado renacimiento y reforma tan heterogéneo remiendo. Por último, al ver desplomarse, ya para no renacer, el mal restaurado edificio, habría tenido que ocultar mi vergüenza, diciendo á los que me echasen en cara el haber destruido la obra de mi Antecesor: “¡Mentira! Lo que había se desmoronó por sí solo al dar yo mis sapientísimos estatutos. Lo que he destruido es mi propia obra. Más vale no dar á mi pueblo educación alguna, que tener abierto un establecimiento cuyo número de alumnas y maestras no corresponda al ideal que yo me he formado.” Estas ú otras palabras semejantes me habría visto obligado á declamar, cerrándolas, á falta de argumentos, con alguno de esos trillados proverbios que aprenden los niños en la gramática latina, como verbigracia: “*Amicus Plato, sed magis amica veritas.*”

Aunque parece caricatura este cuadro, os aseguro que lo he tomado del natural. Por fortuna que mi modo de pensar y mis hechos han sido harto diversos, y ni á la pintura anterior corresponden, ni á los temores de mi Predecesor. Antes bien, me cabe la satisfacción de haber endulzado los últimos días de aquel justo Prelado, con las seguridades que de mis propios labios oyó, de que sus instituciones predilectas caminaban lo mismo que bajo su paternal cuidado, y seguirían de igual manera

mientras yo estuviese al frente de la diócesi que él por tantos años gobernara.

¿Ni cómo es posible que un hombre de sano juicio, que un Prelado digno de serlo, piense, hable u obre de diferente modo? Permitid que os repita algunas de las palabras que hace pocos días dirigía á los Obispos de los Estados Unidos, congregados en el Concilio de Baltimore, mi no olvidado contemporáneo y compañero de estudios, el Arzobispo Coadjutor de Nueva York.

“De los 42 Prelados cuya pérdida deploramos (decía refiriéndose á los que han fallecido desde el último Concilio Nacional), no menos que 23 fueron los primeros Obispos de sus sedes, es decir, fundadores de nuevas diócesis, y si me es lícito servirme de esta palabra, *zapadores* de la Religión. Ahora bien, si ponderamos á cuánto se extiende el trabajo del zapador; si consideramos las dificultades que tiene que vencer, los recursos que ha de crear, las penalidades, privaciones y peligros desconocidos á que ha de hacer frente, la inquebrantable constancia, la energía y el valor, llevado muchas veces hasta el heroísmo, que tiene por fuerza que desplegar, entonces el humilde zapador ya no se presenta á nuestros ojos bajo el aspecto de un pobre misionero, sino rodeado de brillante aureola y transfigurado en Apóstol, de gloria y dulzura sin igual. Tales fueron los trabajos, tal fué la vida de nuestros difuntos Prelados.”

Iguales y aun mayores elogios corresponden á los Obispos de nuestra República que fueron contemporáneos del cataclismo llamado “Reforma.” Aunque no hayan sido fundadores de nuevas sedes, fueron, sí, reconstructores de las antiguas; y en circunstancias tan aciagas

que, si bien pocos años han transcurrido, apenas podemos hacerles justicia los que inmediatamente les sucedimos. ¡Tan diversos fueron aquellos tiempos, aun de los presentes! No sólo no contaban con apoyo alguno, ni con socorros de Príncipes y Reyes; pero ni siquiera disfrutaron de esa libertad de que tanto se jactan allende el Bravo, ni pudieron percibir en paz esas migajas de los fieles que, reunidas, han podido hacer maravillas en los Estados Unidos. Poco sería compararlos á aquellos Israelitas que al reedificar el Templo de Jerusalén trabajaban, según la gráfica expresión de la Escritura, empuñando con una mano el escoplo y con otra la espada. Los indomables defensores de una plaza sitiada, reparando de noche y en medio de continuos combates, las brechas abiertas por el cañón enemigo, y sustituyendo á toda prisa con obras imperfectas y efímeras, las antiguas sólidas murallas, pueden apenas servir de punto de comparación á los Prelados que inmediatamente nos precedieron, en la empresa, tan ingrata como meritoria, que les fué preciso acometer. Más grande es en tales circunstancias mi venerado inmediato Antecesor, comprando un pequeño solar en las orillas de la Ciudad, y en los pocos cuartos en él edificados, reuniendo en desorden un puñado de alumnos y de mal retribuidos profesores, que el segundo y el tercer Obispo de Linares, dotando éste cátedras para su Seminario, fundando becas de gracia con profusión, atrayendo maestros con pingües sueldos y promesas de honores, y haciendo aquél construir á sus expensas la espléndida casa de que años después manos rapaces privaron á la Iglesia y á la juventud estudiosa. Culpar al primero porque no construyó un palacio ni fundó una

Sorbona; gritar porque en los tiempos de la lucha la anarquía se introdujo al grado que en dos parroquias que entonces le pertenecían algunos ministros del Santuario enarbolaron la bandera del cisma, mientras otros recorrían la diócesi "haciendo lo que querían, sin respeto á las leyes generales de la Iglesia ni á las particulares suyas ni á sus autoridades eclesiásticas" (como he visto en no sé qué folleto reciente), sería el colmo de la injusticia y de la ingratitud.

Concretándonos á este plantel, vosotros fuisteis testigos de los trabajos de las Hermanas de la Caridad, así en lo moral como en lo material, para fundar el *educandato* primero y después el Asilo. Vosotros visteis cómo un soplo destruyó los afanes de tantos años. Vosotros visteis la inquebrantable constancia de mi venerable Predecesor en medio del infortunio, y sus esfuerzos para que la educación femenil no sufriera detrimento con la partida de las primeras maestras. ¡Difícil, en verdad, era la empresa! Una tras otra se sucedieron las directoras seglares; las educandas mismas tuvieron que abandonar su nido para cederlo al soldado; pero el establecimiento no se cerró ni un día; y en pie permaneció hasta el momento en que la voluntad del Pastor Supremo llamó á su Fundador á trabajar en otra porción de la viña. "*Nihil innovetur*" escribí yo desde Roma refiriéndome á éste y á los demás establecimientos de educación de la diócesi; y lo que á otros mandaba yo mismo practiqué al fijar aquí mi residencia. Desde entonces año por año os he convidado á una fiesta como la presente, y podéis juzgar vosotros mismos de la condición y adelantos del Colegio de niñas. No he empleado más elementos que los

que aquí encontré, ni más personal que el que vuestra propia tierra me ha podido suministrar. Caminando más aprisa que el tiempo, he hecho sacar fuerzas de flaqueza á jóvenes de edad muy tierna, y obligado á adolescentes á desempeñar cargos propios de la senectud. Desventajas grandes tiene este sistema; pero siempre menores que el llamar de fuera personas sin amor á la casa ni conocimiento de las tradiciones locales. Con mi método, si no se ha avanzado á pasos de gigante, al menos nada se ha destruido; no hemos encendido una hoguera, pero bajo el rescoldo hemos mantenido el fuego sagrado, que al llegar el día señalado por la Providencia, alzará majestuoso la llama que os alumbre y caliente.

Era mi intención acelerar para vosotros la llegada de ese día; y recordaréis que hace un año os lo anuncié. Justamente indignado por la protección ilegal que el Gobernador entonces de Coahuila (convertido hoy en conspirador de comedia) había concedido en mi diócesi á una comunidad herética norte-americana, quise oponerle desde luego una católica de la misma procedencia, cuyo sistema de enseñanza es muy superior á cuanto habéis aquí conocido; y dí sin tardanza los pasos necesarios. Aunque sin contagiarme del todo, también yo había sido atacado por la epidemia de ilusiones que nos invadió el año pasado, y me figuré que el ferrocarril iba á traer á Monterrey prosperidad y movimiento. El resultado fué contrario á las esperanzas generales, y no se aventuró á venir en tan desfavorables circunstancias el cuerpo de profesoras por mí con tanto calor invitado.

Nadie osará por ello inculparlas. La pobreza general ha tenido un influjo funesto en los establecimientos de educación, y no sólo el nuestro (que no sería maravilla) sino todas las escuelas particulares, y aun las del Gobierno, pueden dar de ello tristísima fe.

Nuestro deber se reduce, por tanto, á aguardar á que llegue una época más próspera y á que suene entretanto la hora de la verdadera libertad para México. Aunque no tan pronto, creo que al fin sonará. Las pasiones se van calmando, y no tardarán todos en convencerse de que ni aun las leyes llamadas de "Reforma" comprenden á las corporaciones modernas para la educación femenil. Si consultan nuestros libros de Teología y de Derecho canónico, verán que ni nosotros consideramos monjas á sus miembros: *non sunt veræ religiosæ*. Si preguntan á la Santa Sede, hallarán que la Iglesia no acepta sus votos como solemnes, ni les atribuye la misma fuerza que á los de las antiguas enclaustradas. Si indagan en las mismas comunidades, descubrirán que no hay una sola mujer que en ellas sacrifique irrevocable y perpetuamente su libertad. Si, por último, lo examinan sin prevención ni espíritu de partido, se persuadirán de que esos trajes que tanto les llaman la atención no son hábitos religiosos, sino el vestido usado por las aldeanas de Francia ú otros países en la época más ó menos remota en que abrieron sus primeras escuelas. Tiempo vendrá en que estas verdades se admitan como principios generales. Entretanto, de poca utilidad me parece el solicitar excepciones en favor de determinado Instituto.

Por lo que á mí toca, muy feliz me considero con poder presentaros mi Colegio, tal como se encuentra, en un año

aciago como el que está espirando, y deciros: imperfecto cual es, no hay aquí otro *educandato* mejor; las alumnas han hecho su deber; las maestras se han superado á sí mismas; yo propio he conservado incólume el depósito que me legó mi Predecesor.

